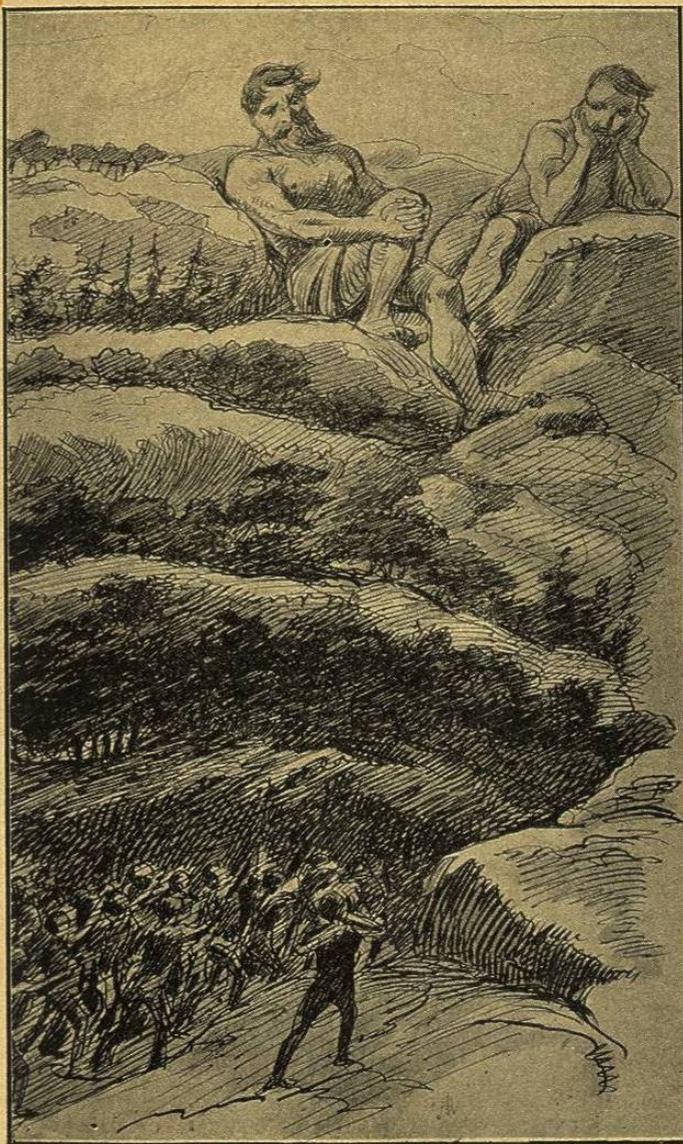


ven en vuestros libros gemelos. ¡Como pajarillos en los árboles, vuelan entre vuestras ramas numerosas!

29 marzo 1847.

### XXVII

Thiers se mofa de Mazzini; Pitt se mofa de Washington; Juvenal parece de mal tono á Nisard; Shakespeare hace encogerse de hombros á Planche. Antes de que el vapor conquistase ambos polos, los sabios se burlaban de Fulton; Pouillet, que brilló en otro tiempo en el cenit del Instituto, negaba ¡oh locura! el telégrafo eléctrico. El espíritu ligado detesta al espíritu que desata; el que ve de cerca y bajo, desprecia algo al Himalaya; el cielo, ese precipicio azul, ese negro pozo de los relámpagos, desagrada á aquellos hombres que nunca saben de fijo donde estamos, y que, desdeñando á Euler y á Newton, no avanzan sino tanteando el terreno con el báculo; ¡tratad, pues, de hacer admirar á los miopes la estrellada mirada de las Calíopes sentadas en el Pindo y profundizando en el infinito. Esquilo, ese proscrito, y Dante, ese desterrado, desvarían, y su vista está falseada por el destierro; el alma de Job parece á Prudhomme insensata, porque á los envidiosos y á los impotentes pertenece esa cosa augusta: el buen sentido; el esposo que escoge la multitud, es el eunuco; el jefe incontestado, ante el cual doblan la nuca todos los que usan sable y sotana, es un Midas á quien Zoilo habla en voz baja. Cuando vaga por las ciudades, Isaías siente su grande alma odiada por los ne-



gros vivos, y avanza sin encontrar un corazón que le comprenda; los lividos insultadores siguen á Corneille errante; detrás de Milton gruñe una palidísima jauría. Todo el que tenga el talento de ser pesado estando vacío será admirado por fatuos y celosos, esos perros que para los grandes y los fuertes tórnense lobos. ¡Vedles echar á correr tras de Homero! ¡Vedles venerar al estúpido efímero, al cero solemne que, durante un momento, prevalece entre la soldadesca ó la clrigalla! Siendo el idiota el estuche del personaje, bástale que un gesto sea más viejo que su edad y callar con el aire de la más profunda inocencia para ser apreciado, y para que los que hacen y deshacen todos los nombres de azar mezclados en nuestras tormentas, le aclamen con voz enronquecida por los ultrajes, sabiendo que la manera mejor de atacar á los grandes hombres escarnecidos consiste en admirar á los imbéciles.

Si hacéis el bien, se os hará la guerra, y, sin saber por qué, el estúpido ser vulgar agítase furioso en torno del profeta pensativo.

\*

Contemplar el abismo desde lo alto, examinar desde lejos el arrecife, no está bien hecho. Ser grande, es ser ridículo. Pigmeo es altivo, siendo pigmeo; mide de arriba á abajo á Hércules; Mirmidón no toma en serio á Titán. Todos los gigantes que permanecen en pie en las alturas hacen reír á Liliput, feroz hormiguero.

¡El enano siente un peso en la espalda, y su joroba, de la que está satisfecho, aún cuando al fin y al cabo algo cansado, le hace el mismo efecto que á

tí el mundo, Atlas! Vale él tanto como tú. ¿Qué tienes tú más que él? Tú llevas tu fardo como él el suyo.

\*

Atrancad vuestras puertas y las ventanas, por miedo á que la razón y la verdad entren en vuestra casa ¡oh burgueses! Hombre docto, hombre grave, molusco, quien quiera que tú seas, ¡cuidado con la irrupción brusca de las claridades, de los pensadores, de los espíritus, en el agujero en que la noche sombría puso tu corazón bajo candado! Vegetas. ¡Cuidado con el gran peligro de vivir! La ostra debe cerrarse en cuanto se abre el libro; porque una palabra vertida en un alma es suficiente para abrir en ella un abismo y llenarle de claridad. La ignorancia es el asilo de la estupidez. No leas nada si te interesa quedarte imbécil.

Radiante, el ansarón grazna y cojea; semejante al pavo real, el orgullo, aún cuando tenga muchos ojos, no se sirve de ellos para ver, sino para ser soberbio; el falso sabio tiene su cola abierta en forma de haz que le sigue, que vive por él, le ama, le cree divino y le hace más inepto, volviéndole más vano. Esta cola es el público de los necios cortejando al galopín. El pedante idiota, arrogante y siniestro, eclesiástico ú hombre de Estado, lo sabe todo, lo ignora todo y cree que es el genio un atentado, y, Guizot, nada quiere de Voltaire. ¡Silencio, Mirabeau! Dantón, ¿quieres callarte? ¡Cuidado que resulta impertinente el tal Galileo con su sol fijo y su tierra dando vueltas! ¿Se puede imaginar nada más quimérico que aquel Colón soñando con su América?

Contra esos altivos creyentes se toma á Dios por

testigo. Las iglesias, los reyes, que son grandes por tan poco, esas pasadas legiones tardígradas, se indignan contra los que marchan rápidamente y no se contentan con lo falso y lo perjudicial. Estos hombres hablan alto y asustan á la noche. ¡Abajo esos terribles enamorados de la aurora!

\*

Los grandes pensadores sagrados á quienes una llama devora, los poetas, los espíritus fuertes, los altivos soñadores, saben que el infinito no otorga favores, pero que tampoco hace injusticias; piensan, meditando acerca de los destinos de abajo que se prolongan en el profundo destino de arriba, abismo obscuro; he aquí por qué su mirada no se aparta del cielo y se llena, en el espacio en que flota la ciencia, de un deslumbramiento en el que nace la clarividencia; en cuanto, surgiendo sobre nuestro negro mundo, el astro dios de la aurora se presenta, dejando ver en el inmenso caos la enormidad del alma; en cuanto ese monstruo de sombra con crin de llama; en cuanto ese desconocido espléndido llamado sol, imponente, tranquilizador, cubierto de relámpagos, rojo, surge, igualando con su luz soberbia los grandes montes, la redondez del mar, la brizna de hierba y el horror de los bosques, de los que sale un vago cántico; en cuanto, fertilizando, acabando, esbozando, vida y misterio, enigma explicador de los problemas, haciendo el abismo claro, los astros lívidos, ayudando al corazón á creer y al espíritu á orar, pone manos á la obra como un buen trabajador; en cuanto ha comenzado su tarea de luz; en cuanto, sujeto por sí mismo á la primer causa, ha blanqueado los cielos, visión profunda, y sumido en la noche á ese nadador, el rayo de luz, pronto como el trueno

recto como la regla, el topo denúnciale á un ciego: el águila.

28 abril 1876.

### XXVIII

Cuando ese encantador poetilla gracioso que, no pudiendo huir hacia los cielos, piérdese entre las flores, te ataca ¡oh genio! en su aturdimiento, y, burlón, se aventura en tu sombra infinita, tú sigues tan tranquilo: Dante apenas ve á Gresset. La especie de débil y confuso rumor que producía el primer día que te insultara, gigante triste, no es para tí de aquellos que prueban que se vive, y ni aún tuviste el vago movimiento de un coloso distraído por un instante en su sueño. Dejas que aquello viva y zumbete. Se mueve, aún cuando el viento sea poco, el nido de la ardilla, no el antro del león, y sin tratar de escapar recibe el águila el picotazo del colibrí. Tú dejas escapar esa ala inútil y dorada. ¿Desde cuándo el astro es turbado en el empíreo porque un locuelo salte y baile en el fondo de los bosques? ¿Desde cuándo el enorme trueno, cuya voz conmueve al monte que tiembla y al mar que vacila, enciende el relámpago para castigar á la centella?

### XXIX

Si; el genio tiene sus ateos. Ante la envidia del ojo feroz, las grandes almas insultadas bajan su mirada púdica. El envidioso se une al impío. El alma bajamente acuclada, permanecen cogidos de la mano, mintiendo y negando á Dios con su labio impuro, el uno en la naturaleza, el otro en el genio humano. Pero de las cosas se desprende la justicia; sufren, son desgraciados; bajo sus frentes lívidas ocultan un fastidio obscuro y tenebroso. La eterna equidad que á todos juzga tiene la sombra por refugio, el error por objeto, el mal por voto; condena á la negra tristeza á los que hacen dudar de la gloria y á los que hacen dudar de Dios.

### XXX

Es una ley: Veuillot, ese bergante, existe; Planché es real; Barbey respira; Nisard alienta; Rolle vive; Frerón muere á Voltaire; no se sabe quién pincha á Milton; Cecco, también llamado Cecchi, pone sobre Dante, indignado, su pata familiar; Green se arrastra por encima de Shakespeare y Visé por encima de Molière; los grandes hombres, que en el fondo del azul vemos pasar con su corona inmensa de fulgores espléndidos, hechos por la muerte más vivos

aún, que huyeran para siempre á la sombría aurora, que con dirección á la gloria partieran, son ruidos y cubiertos de seres infinitamente pequeños, pues el deslumbramiento no excluye la miseria. La gloria tiene su insecto y el acaso la mina; el Océano siente vagar el pulpo bajo su ola azul; Zoilo está sobre Homero y Satán sobre Dios; lo sublime no está al abrigo de lo inmundo; y no me sorprendería lo más mínimo que cualquier día un ángel viniera á revelarnos que en el profundo cielo los astros tienen piojos.

París, 20 septiembre 1874.

### XXXI

#### LO PELIGROSO DE LAS CIMAS

¡Oh soñador! no vayas hacia las cimas; vuelvo de ellas. Y es aquello terrible. Los sordos ábregos diluvianos reinan allí pasando repetidamente; flota y desaparece allí cuanto soñamos; allí, en aquellas grandes tumbas llamadas religiones, graznan cuervos desconocidos.

Ten miedo á las alturas frecuentadas por los espectros; los efectos del abismo en ninguna parte son tan tenebrosos como sobre las cumbres formidables; allí, lo real se confunde con lo ignorado, y los negros escalones de las visiones sin fondo son lúgubrementemente aborribles.

Allí resplandece un sol que la bruma dilata; allí están los fieros dioses; Nemeos, que ruge; Pytón, que silba; Apis, que muge; sombrío deslumbramiento del que los sabios, esos grandes ingenuos, salen locos, y de la que volvieron Tasso insensato y Milton ciego.

No vayas á los bosques sagrados, ni á los montes en que Pitágoras viera la faz de los demonios, en los que se encuentran todas aquellas blancas formas, de las que los magos profundos no saben qué pensar, y á las que espían, sin atreverse á hacer otra cosa que asomarse por entre las ramas.

Teme la inspiración feroz del desierto; el desierto es un lugar de espanto, del que Dios se sirve, y no fué creado para tus estudios: los abismos devoraron á veces á los que en ellos penetraran; no bañes tu frente en los inmensos horizontes rojizos del sol poniente en las soledades.

Teme encontrar allí lo que no es necesario ver. Teme las ascensiones hacia la elevada cumbre negra. Las sombras no tienen nada que decirte. Coge tu poesía en los campos, entre las flores, y, puesto que abril consiente en sonreír, no vayas á buscar el espanto en otra parte.

Teme los rudos aletazos y los ardientes picos. Teme aquellos matorrales, en los que hay seres horribles que meditan sin leyes ni reglas. Si intentaras coger al vuelo en tales bosques cualquier estrofa salvaje y sombría, correrías los peligros que el buscador de nidos de águila.

23 agosto 1874.

## XXXII

¡Quien quiera que tú seas, espíritu, genio, tú que sientes tu fuerza, que vives y que en la gloria ó en la ironía de tu alma grande encuentras la satisfacción! ¡Tú, severa naturaleza, que no tienes otro alimento que tú misma, y tú misma por luz! ¡Tú, á la vez himno y gritería, astro al propio tiempo que niebla, caverna y león á la vez!

Cualesquiera que sea tu siglo, sombra, tormenta, abandono, miedo, harapo, sudario, ¡anda, que nada te desanime! Anda; Homero está desnudo, Dante está solo. ¡Deja que las olas se amontonen! ¡Deja que se desvanezcan las multitudes! Tú, que no tienes remordimientos, acepta tus soberbias tareas. ¡Sé el intrépido entre los cobardes, sé el vivo entre los muertos!

A veces el alma humana, cansada, parece presa del abatimiento; el aterido besa el hielo, el ciego ama la ceguera. ¡Decrecimientos inexorables! ¡Las cosas se hacen miserables, los hombres se hacen pequeños! Todo muere. Parece que empieza el inmenso envilecimiento de los corazones convertidos en apetitos.

¡Oh desgracia! A veces un pueblo,—tú lo viste, Grecia, Roma, tú lo sabes,—siente una vergonzosa pereza de ser grande, y dice:—¡Basta! ¡No más Ayax! ¡No más Aquiles, Brutos, Esquilos y Solones! ¡No

más héroes de frente pura! ¡No más arcos de gloria de aquellos que hacen de toda la historia nuestra un puente de gigantes en el azul!

¡No más altaneros Propileos, ni Panteones, ni Partenones! ¡No más cabezas estrelladas! ¡No más grandes hombres!... Comamos. Toda la historia no es sino un sueño. ¡Gloria al festín que se prolonga! ¡Gloria á los crímenes no expiados! ¡Que la mujer, desnuda y con flores en la cabeza y sortijas de oro en los dedos de los piés, tome parte en la fiesta!

¡Que nos visite un espíritu nuevo! ¡Seamos los nunca vistos! ¡Que Atenas se llame Thersites! ¡Que Roma se llame Davus! ¡De las viejas conquistas vivas, hagamos ¡oh pueblo! nuestras sirvientas! Vivir es la sola ambición. ¡Hagamos cocer, alegre multitud atea, con el fuego de Prometeo, la comida de Trimalción!

¡Que las pálidas multitudes que la tumba espera con la boca abierta, tomen entonces las actitudes todas del humo y del vacío! Una horrible noche encarnizada cubre el alma, el destino, los pasos, las frentes, los corazones, los ojos; la multitud de oro, bebe, come, ignora, se arrastra, canta y ríe; y la aurora se niega á subir á los cielos.

Viendo que el hombre no tiene alas, la mujer llora su afrenta, y se ruboriza por el hijo á quien dará el ser. ¡Llegó entonces, pensador, la hora de su turbación! ¡Lucha!, ¡redobla tu esfuerzo!, ¡muestra la idea y el cielo azul al hombre que, no atreviéndose ya á creer, ve el porvenir vacío de gloria y el universo vacío de Dios!

¡Avanza francamente!, ¡surge! cuando tu siglo de las bajas prudencias empequeñezca. En las decadencias es donde los hombres son más grandes, y en los escombros sobre todo es donde las elevadas y sombrías columnas, superándolo todo, dominándolo todo, bellas entre los despojos disformes, tumbadas parecen inmensas y sublimes cuando están en pie!

H. H. 10 junio 1870.

### XXXIII

POR QUÉ LOS GRANDES HOMBRES SON DESGRACIADOS

Cierta noche, escuchando, solo, entre los escombros, oí hablar á los sombríos acontecimientos.

—Somos los forjadores, y son los grandes hombres los yunques en el antro por Dios depositados, siempre dispuestos para el duro trabajo de la creación de nuevas razas. Porque los hombres son malos, viles, cobardes, voraces, monstruosos, y ha llegado el tiempo de cambiarles. A fuerza de martillazos llégase á forjar. Y los hombres sin freno, sin ley, sin corazón, sin fuego, sin alegría, necesitaban que se les hiciera un alma nueva y que alguien grande resplandeciera sobre ellos. Era necesario dar al hombre un alma posesora del resplandor de la luz, del poder y de la dulzura; un alma paternal para el niño, fraternal para la mujer; un alma justa. Dios nos dijo

cierto día:—Forjadles esa alma. Y nos dió por martillo el infortunio. Allí estaban los grandes hombres pensativos; dedujimos por ello que podíamos golpear sobre aquellos sombríos yunques.

15 agosto 1874. París.

### XXXIV

Á TEÓFILO GAUTIER

\*

Amigo, poeta, espíritu, huyes de nuestra negra noche. Sales de nuestros rumores para entrar en la gloria, y en lo sucesivo tu nombre brillará en las puras cimas. Yo, que te he conocido joven y bello; yo, que te amaba; yo, que más de una vez, en nuestros altivos aletazos, atontado, me apoyé en tu alma fiel; yo, encanecido por los días que nievan sobre mi cabeza, me acuerdo de los días pasados y, pensando en aquel joven pasado que vió nuestras dos auroras, en la lucha, en la tormenta, en las sonoras arenas, en el nuevo arte que se ofrece, gritando al pueblo: sí, oigo aquel gran viento sublime desvanecido.

\*

Hijo de la Grecia antigua y de la joven Francia, tu altivo respeto á los muertos fué de esperanza lle-